

LOS JILGUEROS Y EL ABETO PARTE I

Palabra clave: Compartir

Dos pequeñas semillas bebés yacían una al lado de la otra en el suelo de un pequeño jardín allá arriba entre las colinas. Una semillita tenía una piel muy arrugada y graciosa. Se llamaba Gerry; era una semilla de capuchina. La otra semilla era como una bolita redonda; era una semilla de guisante de olor y se llamaba Derry.

Las dos semillitas miraron hacia arriba y se preguntaron qué sería el cielo azul que tenían sobre sus cabezas. Escucharon a los pájaros cantar sus canciones en el gran arce, luego se sintieron tan soñolientas que se acurrucaron una contra la otra en el seno de la Madre Tierra y se quedaron profundamente dormidas. No tenían nada con qué cubrirse, pero no les importaba porque los días eran cálidos, y de todos modos eran demasiado pequeñas para pensar en esas cosas. Pero poco a poco las noches se volvieron más y más frías, y las pobres semillitas bebés, Gerry y Derry, comenzaron a tiritar y a temblar. La Madre Tierra sintió tanta pena por ellas que le pidió al arce si podía darles algunas de sus hojas para hacer una manta que las cubriera.

El arce miró hacia abajo, vio a las dos semillitas bebés temblando mientras dormían, y dijo: "Pues ciertamente que sí". Se sacudió lo más fuerte que pudo, pero ninguna de sus hojas cayó. Verás, estaban muy firmemente sujetas. "Llamaré al viento para que me ayude", dijo. Así que el arce llamó al viento, que llegó volando rápido. Entonces el arce le pidió al viento que soplara lo más fuerte que pudiera para arrojar sus hojas sobre Gerry y Derry.

El viento miró hacia abajo y, al ver a las dos semillitas bebés temblando mientras dormían, dijo que estaría encantado de hacer lo que pudiera para ayudar. Así que el viento sopló y sopló hasta que sus mejillas se inflaron muchísimo, pero no pudo hacer caer las hojas para que sirvieran de manta.

"Te diré lo que haré", dijo el viento. "Iré a pedirle a Don Escarcha que venga a ayudarnos". Así que voló al Polo Norte, donde encontró a Don Escarcha ocupado cortando copos de nieve. "Ven conmigo", le dijo. "Hay dos semillitas bebés que necesitan una manta que las cubra o morirán de frío".

Cuando Don Escarcha escuchó eso, le dijo al viento que se apresurara todo lo que pudiera y le mostrara dónde estaban las bebés. Así que volaron al pequeño jardín en las montañas donde las dos semillitas bebés yacían temblando mientras dormían. Cuando Don Escarcha las vio allí, tan pequeñas e indefensas, tocó las hojas del arce con sus dedos para soltarlas del árbol. Cuando las hojas del arce sintieron su toque amoroso, algunas se volvieron de un rojo rosado y otras de un hermoso amarillo dorado. El arce se veía muy elegante con esos colores tan bonitos. Pero lo mejor era que estaba dispuesto a dar sus hojas para mantener calientes a las pequeñas Gerry y Derry.

El viento jugó entre las ramas y sopló las hojas sobre el suelo, donde parecían una hermosa alfombra. Cayeron suavemente sobre las dos semillitas bebés hasta que quedaron completamente cubiertas, acurrucadas y calentitas. Allí durmieron durante todos los fríos días del invierno, mientras fuera de su manta caían la lluvia y la nieve. ¡Qué sueño tan largo tuvieron! Luego, poco a poco, cuando llegó la primavera y los pájaros comenzaron a cantar de nuevo, las semillitas bebés se movieron un poco mientras dormían. También sonrieron, porque estaban soñando con cosas hermosas que las hadas les susurraban al oído.

Una mañana, Gerry fue despertada por una voz que decía: "Despierta, Gerry, despierta". Se frotó los ojos, luego miró hacia arriba a través de las hojas y vio al Sol sonriéndole. Asomó la cabeza y comenzó a estirarse.

Entonces el Sol llamó a Derry: "Despierta, pequeña dulzura". Cuando Derry oyó que el Sol la llamaba y sintió sus agradables besos cálidos en su rostro, pues comenzó a cantar.

Gerry y Derry sabían todo sobre los ejercicios de respiración, ¿y cómo creen que los hacían? ¿Cómo respiras tú? ¡Con los pulmones! Pero quién sabe dónde tenían sus pulmones Gerry y Derry. Es realmente muy curioso, pero sus pulmones estaban en sus hojas; y así respiraban con sus hojas, como todas las plantas. Esa es una de las razones por las que las plantas no crecen bien en lugares polvorientos. El polvo las ahoga, de modo que no pueden respirar adecuadamente, y entonces se debilitan y enferman, igual que les pasa a las personas que descuidan respirar mucho aire puro.

Gerry y Derry crecieron y se convirtieron en plantas vigorosas, y ambas tuvieron hermosas flores. Las de Gerry eran de un rojo brillante, mientras que las de Derry eran rosadas y blancas y tenían un perfume muy dulce. A medida que cada pequeña flor se marchitaba, crecía en su lugar una pequeña semilla bebé. Había tantas semillitas en cada planta, y cada semillita bebé necesitaba mucha comida para alimentarse. La pobre Gerry comenzó a verse marchita y pálida de tanto cuidar a tantos bebés y no tener tiempo para cuidarse a sí misma. Derry también estaba muy cansada. Llevaba a sus bebés en pequeñas y lindas vainas como canastitas, y cuando las vainas se endurecían y secaban, se abrían de golpe y las semillitas bebés caían rodando.

Finalmente, una al lado de la otra, Gerry y Derry envejecieron y se debilitaron. Ambas habían vivido sus vidas lo más hermosamente que pudieron, dando placer con sus flores a todos los que pasaban por allí. También habían cuidado lo mejor posible a sus pequeñas semillitas bebés. Pero ahora estaban tan débiles que apenas podían aferrarse a la cerca por la que habían trepado tan alegremente cuando eran jóvenes y fuertes. Y entonces escucharon una voz suave que les hablaba. Era la Madre Tierra llamándolas a casa: "Han servido fiel y bien, hijas mías. Vengan a casa ahora y descansen". Alegremente, Gerry y Derry se hundieron, una al lado de la otra, en el regazo de la Madre Tierra, y ella las arrulló hasta dormir con una suave canción de cuna.

.